

EXPERIENCIAS MUSICALES DE ALEMANIA OCCIDENTAL

P o r

Abdulia Bath

Las experiencias musicales que ofrece una ciudad cualquiera de Alemania Occidental, que cuente con algo más de 100.000 habitantes, hasta lo que se podría llamar grandes urbes, son extraordinarias. Cualquier centro relativamente pequeño tiene, naturalmente, un Teatro de la Opera, además de conciertos de toda índole, y, ya que en sólo contadas ocasiones durante el año puede presentar estrellas, cubre sus aspiraciones ofreciendo funciones con grupos locales o artistas jóvenes, los que tienen en este país constantes oportunidades de actuar en público, dada la característica del ciudadano alemán de considerar la música como una parte de la vida, tan importante casi como el aprender a leer y escribir. Hay, además, ciudades pequeñas en las que floreció en un momento dado una manifestación artística determinada, y que la siguen conservando como cosa propia, la mantienen y tratan de evitar su éxodo a los grandes centros de población, fenómeno que en otras partes ocurre con frecuencia. Es así como se siguen celebrando los festivales de Salzburgo y de Bayreuth, y es así también como Wuppertal conserva su famoso Ballet.

Colonia, conocida en todo el mundo por su Catedral y su carnaval, tiene también, en el aspecto artístico, mucho que mostrar a los que tienen la suerte de visitarla. Reúne en una temporada no menos de cinco abonos a diferentes series de conciertos, además de su temporada de gran ópera y de ópera de cámara, para mencionar sólo lo que a música se refiere. Fuera de estas series, se realizan innumerables audiciones en las distintas salas de la ciudad, más la música sacra que se hace en alguna de las trescientas y tantas iglesias que nos salen al paso a cada rato, henchidas de tesoros y reliquias de siglos, cada una con su interesantísima historia.

Pero, al referirnos al número de espectáculos musicales de una ciudad de menos de un millón de habitantes, no queremos en modo alguno impresionar con cifras, ya que la verdad es muy otra. Hay un aspecto que nunca podremos ponderarlo bastante, y que ya insinuamos al comienzo de esta crónica, y ello es, esa especie de religión que el alemán medio hace de la música, lo que lleva al Estado a gastar sumas enormes en salas, artistas y montaje de obras, esfuerzo al que el público responde

con un interés francamente ejemplar. No es afán de ostentación lo que lleva a los municipios a construir grandes salas de subido costo, aun cuando el problema habitacional sigue vivo y tal vez se acrecienta día a día. Es, sencillamente, el hábito, o la necesidad del pueblo de contar con espectáculos que le permita alejarse por un par de horas de los afanes de la lucha diaria por el subsistir, para recrearse con manifestaciones del arte, muy en especial, de la música. Sin desconocer que existe una "élite", como en todas partes, de personas para quienes el estar abonados es parte de su posición social, existe también el núcleo de los que hacen sacrificios para tal objeto, sin hacer mención de las largas filas que pueden verse a diario ante las ventanillas encargadas de la venta de entradas fuera de abono. Cuando se trata de presentaciones de alumnos o de grupos privados, las entradas son gratis, o de muy bajo costo, e, invariablemente, el público responde a ellas.

Hay en Alemania Occidental sesenta Teatros de Opera, algunos de los cuales sólo presentan este tipo de espectáculo durante todo el año. Los restantes alternan con funciones de teatro o ballet. Cada ciudad se empeña en tener la sala más moderna, o exótica, cómoda y lujosa, por lo que es un placer visitarlas, lo mismo con ocasión de una representación o bien, fuera de horas de trabajo, con un guía que va indicando cada uno de sus aspectos, ya sea de público o escenario.

Colonia, por ejemplo, cuenta con un edificio de arquitectura de avanzada, algo verdaderamente revolucionario en Alemania, dotado de todo lo que la última palabra ordena en belleza y funcionamiento. Se escucha aquí el repertorio clásico corriente, más obras del pasado poco conocidas, y óperas modernas, muy discutidas. En cuanto a estas últimas, es digno de nota el hecho de que ellas, aunque no logren un "lleno" en cada función, siguen en cartel por la duración de la temporada. O sea que, dentro de los alcances de la intención de los que rigen la cosa artística, hay la sana tendencia a dar a conocer valores que la masa penetrará a largo plazo, pero que, tarde o temprano, tendrá que aceptar, seleccionando de entre ellos las obras maestras, como ha sucedido en el mundo musical desde hace siglos.

En cuanto a conciertos, hay para el objeto distintas grandes salas, con presentaciones de la más variada gama de estilos y épocas. Hay un abono para solistas, los consagrados en piano, cuerdas, canto e instrumentos de viento; otro para obras corales, otro para música de cámara, otro para conciertos sinfónicos, otro para lo que se llama "Música del Tiempo", y un sinnúmero de conciertos fuera de abono, en los que es posible

escuchar a solistas como Oistrach o Franchescatti, y autores como Verdi o Boulez, madrigales y música antigua, composiciones atonales y dodecafónicas, música electrónica y música concreta.

Los diversos Institutos de Cultura ofrecen regularmente conciertos con artistas huéspedes en un incesante intercambio internacional. Prominentes son la Belga Haus, el British Centre, la Amerika Haus, el Instituto Alemán-Italiano de Cultura, el Instituto Alemán-Francés de Cultura.

La Universidad de Colonia incluye, dentro de sus vastos programas semanales, conciertos de cámara, o solistas, y la Alta Escuela de la Música brinda numerosas audiciones durante todos sus períodos de actividad.

En cuanto a grueso público se refiere, el mayor éxito, como es de suponer, corresponde al concierto convencional, con estrellas en la batuta, o, y, en los solistas, sin menoscabo del interés que despiertan las audiciones en las que Schoenberg representa lo "clásico", Webern lo "romántico" y Luigi Nono lo "moderno", para citar algunos nombres. Hacemos esta observación sin ánimo de ilustrar, sino para anotar el hecho curioso de que, dentro de una temporada, y en un mismo medio, los puntos de vista son tan distantes que un Bartok o un Strawinski representan en un caso lo "nuevo" y en otro lo "antiguo", o sea, la relatividad de las clasificaciones humanas, según el que las hace.

En lo que a los estudiantes toca, las facilidades que Alemania Occidental les ofrece para ampliar su cultura musical son verdaderamente dignas de alabanza. Un estudiante de cualquier asignatura, puede inscribirse para los festivales de Salzburg o Bayreuth, sin más trámite que enviando una carta con la debida anticipación, indicando sus deseos, y a vuelta de correo recibirá los formularios, en los que deberá colocar unos cuantos datos. Con la inscripción se compromete a asistir no sólo a los conciertos, sino deberá tomar parte en otras actividades, como ser conferencias, o clases, pues, junto a los festivales, y aparte del aspecto turístico que pudieran tener, o bien, para evitarlo precisamente, se hace de esas tres o cuatro semanas una fiesta de la música toda, con sus relaciones filosóficas, literarias, científicas e históricas. Se invita a artistas a ofrecer audiciones que no tienen que ver directamente con Mozart o Wagner. Pero, junto a un mínimo de exigencias, existe la suma ínfima que permite al estudiante vivir por unos días en ese medio ideal, con alojamiento y comidas, con rebaja en los pasajes de ferrocarril, y con derecho a cuatro representaciones en fechas previamente fijadas. Sé de casos en que estudiantes que no contaban con el dinero para el pasaje, han aprovechado de las bondades de los automovilistas para hacer el viaje en "auto-stop",

ya que en cuanto a alojamiento cuentan con las facilidades que les brindan los llamados "Albergues de la Juventud", institución internacional que cumple una de las más nobles actividades, como es la de permitir a muchachos de escasos recursos viajar por distintos países con la seguridad de encontrar, por una suma rayana en lo ridículo, una cama limpia y un ambiente acogedor. Esta institución hace posible que, al presente, se verifique en Europa el más intenso y sano contacto entre los distintos pueblos, representados por su más rico tesoro, la juventud, ávida de conocer y de ver paisajes, gentes, arte y costumbres de núcleos diferentes al suyo, sin propósitos políticos de ninguna especie.

Pero, por más tentador que sea el tema, más cuando vemos que Chile, con toda su riqueza de panorama y de cultura, no figura hasta ahora entre los países miembros de la institución referida, debemos volver al asunto que nos preocupa.

Las condiciones que permiten tomar parte en un congreso musical son muy semejantes a las ya descritas con respecto a los festivales, y sus adherentes gozan de las mismas franquicias. Estos se llevan a cabo en diversas ciudades, y tienen un carácter más o menos universal, según el criterio de las autoridades encargadas de sus planes. Pero la diferencia resultante no varía el interés que ellos despiertan, pues de cada uno se saca el mismo provecho. Así, nos tocó asistir al Congreso Musical de Darmstadt, en 1958, en el que grandes maestros se dieron cita para cambiar impresiones o darlas a conocer a los alumnos inscritos. Es un hermoso espectáculo el ver a un profesor de renombre universal analizando con toda sencillez cada frase de la materia que le ha sido asignada, ante un grupo de alumnos a los que ve por vez primera, y a quienes, probablemente, no volverá a ver. No menos hermoso es ese otro espectáculo: el de ver a otros maestros, de la misma talla, tomando parte modestamente en el Congreso y asistiendo, junto a nosotros, a cada reunión o concierto como un estudiante más. Es, por lo menos, edificante, el encontrarse por unos días en un clima tal de profesionalismo del más alto grado, a la par que de una concentración máxima en el problema inmediato y del oficio, sin afanes proselitistas y sin otra meta que el hacer partícipes de su saber y experiencia a los que acuden en busca de ellos, enalteciendo así a la sociedad entera, de acuerdo con ese lema que es tal vez el más útil de cuantos la humanidad ha conocido, y que dice: "Lo que hagas, que esté bien hecho".

Nos tocó asistir, en junio de 1958, a otro tipo de Congreso, pero no menos interesante: el Séptimo Congreso Mundial de la Sociedad de Mu-

sicología, que se realizó en Colonia. Este evento junta en cada ocasión a los musicólogos de las más variadas tierras del mundo, que se reúnen para exponerse unos a otros las últimas conclusiones a que han llegado en sus estudios e investigaciones. Pero la condensación y diversidad de los temas a tratarse en el corto período de una semana, obliga a los organizadores a establecer no menos de cinco líneas de trabajo que se desarrollan en forma paralela, lo que nos dejó con el apetito despierto para escuchar más y más, ya que a menudo hubiéramos estado en tres salas a la vez. Para una gran parte de la concurrencia los temas eran por demás sabidos, pues era una reunión de colosos. Pero el modesto estudiante sólo alcanza a penetrar en ese mundo tan vasto de los que se dedican por entero a examinar la música desde los más desusados puntos de vista, y, muy importantes, dentro de sociedades que son para muchos remotas, como Arabia, Africa, el Oriente. Una vez más nos referiremos a la no participación en estos congresos de representantes de América Latina, fenómeno cuyas causas no nos ha sido posible profundizar todavía, pero que, sin duda, merece alguna meditación. Al parecer, América del Sur es conocida en el Viejo Mundo sólo a través de los artistas singulares que poseemos, y de los estudiantes de música que nos hacen honor, pero es triste la ausencia en los repertorios de conciertos de autores de nuestros países, y no mencionemos siquiera su total ausencia en reuniones de índole universal, como la que nos ocupa. Las escasísimas excepciones a este estado de cosas no alcanzan a cubrir el vacío que, sin duda, nos rodea dentro del panorama mundial de la música.

Siguiendo con nuestra disertación, había también en ese Congreso visitas a los numerosos puntos de interés de la ciudad, exposiciones especiales con motivo del mismo, como ser, exhibición de manuscritos y todo tipo de documentos de, o relativos a, los más famosos compositores de esa región del Rhin, exposición de instrumentos de todas partes y civilizaciones del mundo, paseos por el río, y, para convencernos de que éramos realmente los elegidos de los dioses, los conciertos que se sucedían unos a los otros en un verdadero muestrario de la música de todas las épocas. Salíamos de una sala en que los amantes de la electrónica acababan de darnos a conocer sus últimas novedades, con todo lujo de explicaciones y demostraciones, para llegar al ambiente medioeval de un patio de museo, en que se nos hacía oír una serie de obras de música antigua, tocadas en instrumentos de la época, y terminar el día apersonándonos en una de las grandes salas de la ciudad para hundirnos en una cómoda butaca y ser

espectadores del más convencional de los conciertos, todo lo cual, de más está decirlo, tenía una calidad de primera.

Ocioso es declarar que una experiencia como ésta ofrece al auditor la prueba de lo que antes ya hemos expresado, y ello es que, mientras más se escucha, más se aprecian los valores universales que, en un momento dado, regalaron los frutos de su creación a sus semejantes, creadores que, sin duda, no imaginaron que los que les sucedieran seguirían gozando de ellos, para su solaz y propio goce espiritual, durante siglos y siglos.